

— Ya voy.

Y se oyeron alejarse los pasos con el mismo ligero ruido que al venir.

Luego Bálamo, al cabo de algunos minutos durante los cuales se convenció de la marcha de Lorenza, saludó profundamente, pero con majestuosa dignidad, á los dos visitantes, los cuales, azorados y absortos ambos en el torrente de los tumultuosos pensamientos que los agitaban, se volvieron al fiacre más bien como dos personas ebrias que como dos seres dotados de razón.

XI

Desgracia

Á la mañana siguiente, daban las once en el gran reloj de Versalles cuando el rey Luis XV, saliendo de su aposento, atravesó la galería inmediata á su cuarto y llamó en alta y seca voz:

— ¡ Señor de La Vrilliere !

El rey estaba pálido y parecía agitado, y cuanto más procuraba ocultar su inquietud, tanto más se descubría en el embarazo de su mirada y en la tensión de los músculos de su cara, ordinariamente impasible.

Al momento reinó un silencio glacial en las filas de los cortesanos, entre los cuales se hallaban el duque de Richelieu y el conde Juan Dubarry, tranquilos ambos y afectando indiferencia é ignorancia.

Acercóse el duque de La Vrilliere y tomó de manos del rey una carta-orden que le alargó S. M.

— ¿ Está en Versalles el duque de Choiseul ? preguntó el rey.

— Señor, está desde ayer ; ha vuelto de París á las dos de la tarde.

— ¿ Está en su hotel ó en palacio ?

— Está en palacio, señor.

— Bien, dijo el rey, llevadle esta orden, duque.

Un prolongado estremecimiento recorrió las filas de los espectadores, quienes se inclinaron todos cuchicheando, cual las espigas bajo el soplo del huracán.

El rey, frunciendo el entrecejo, como si quisiese aumentar con el terror el efecto de aquella escena, volvió fieramente á su gabinete, seguido de su capitán de los guardias y del comandante de los caballos ligeros.

Todas las miradas siguieron al señor de La Vrilliere, quien, inquieto por el paso que iba á dar, atravesaba lentamente el patio del palacio y pasaba al aposento del señor de Choiseul.

En este intermedio todas las conversaciones, amenazantes ó tímidas, se tenían al rededor del viejo mariscal, que se hacía el más pasmado de todos, pero de quien, gracias á cierta sonrisa preciosa, nadie se dejaba engañar.

Cuando volvió el señor de La Vrilliere, al punto lo rodearon todos.

— ¡Y bien! le dijeron.

— Y bien, era una orden de destierro.

— ¿De destierro?

— Sí, en toda regla.

— ¿La habéis leído, duque?

— La he leído.

— ¿Positivamente?

— Juzgad de ello.

Y el duque de La Vrilliere pronunció las palabras siguientes que había retenido con esa memoria implacable que constituye los cortesanos.

« Primo mío, el disgusto que me causan vuestros servicios me fuerza á desterraros á Chanteloup, á donde pasaréis en el término de 24 horas. Os habría enviado más lejos, á no ser por el aprecio particular que me merece madama de Choiseul, cuya salud me interesa mucho. ¡Cuidado con que vuestra conducta no me haga tomar otro partido! »

Un prolongado murmullo recorrió el grupo que rodeaba al duque de La Vrilliere.

— ¿Y qué os ha respondido él, señor de San Florentino? preguntó Richelieu, afectando no dar al duque su nuevo título ni su nuevo nombre.

— Me ha respondido: « Señor duque, estoy persuadido de todo el placer que tenéis en traerme esta orden. »

— Duras eran esas palabras, mi pobre duque, dijo Juan.

— ¿Qué queréis, señor conde! no se recibe semejante teja sobre la cabeza sin gritar algo.

— ¿Y sabéis lo que va á hacer? preguntó Richelieu.

— Según todas las probabilidades, creo que obedecerá la orden.

— ¡Hum! refunfuñó el mariscal.

— Ahí viene el duque, exclamó Juan que no se separaba de la ventana.

— ¿Viene aquí? exclamó el duque de La Vrilliere.

— ¡Cuando yo os lo decía, señor de San Florentino!

— Ya atraviesa el patio, continuó Juan.

— ¿Solo?

— Absolutamente solo, con su cartera bajo el brazo.

— ¡Dios mío! murmuró Richelieu, si se repetirá la escena de ayer!

— No me habléis de eso, porque estoy temblando, respondió Juan.

No bien había pronunciado estas palabras cuando el duque de Choiseul se presentó á la entrada de la galería con la cabeza erguida, aterrando con una mirada clara y tranquila á todos sus enemigos, ó á todos los que iban á declararse tales en caso de desgracia.

Después de lo que acababa de pasar, nadie esperaba

que diese aquel paso, y por consiguiente nadie se opuso á él.

— ¿Estáis seguro de haber leído bien, duque? preguntó Juan.

— ¡Pardiez si lo estoy!

— Y después de una carta como la que nos habéis referido, ¿se atreve á venir?

— Bajo palabra de honor que no comprendo una jota.

— Pero el rey va á mandar encerrarlo en la Bastilla.

— Será un escándalo espantoso.

— Casi lo compadecería.

— ¡Ah! ya entra en el aposento del rey..... ¡es inaudito!

En efecto, el duque sin hacer alto en la especie de resistencia que le oponía el ujier muy atónito, penetró hasta el gabinete del rey, quien, al verlo, lanzó una exclamación de sorpresa.

El duque tenía en la mano la orden del rey y se la mostró con semblante casi risueño.....

— Señor, dijo, como V. M. se ha dignado advertirme ayer, acabo de recibir una nueva orden.

— Sí, señor, replicó el rey.

— Y como V. M. tuvo la bondad de decirme ayer que jamás considerase como seria una orden que no fuese ratificada por la palabra expresa del rey, vengo á solicitar la explicación.

— Será corta, señor duque, respondió el rey. Hoy la orden es válida.

— ¡Válida! exclamó el duque. ¡Válida una orden tan ofensiva para un servidor tan adicto y leal!

— Un servidor adicto y leal no hace representar á su señor un papel ridículo.

— Señor, dijo el ministro con altivez, yo creía haber nacido cerca del trono para comprender su majestad.

— Señor, replicó el rey con breve voz, no quiero

prolongar vuestra inquietud. Ayer tarde habéis recibido en el gabinete de vuestro hotel en Versalles un correo de madama de Grammont.

— Verdad es, señor.

— Y os ha entregado una carta.

— ¿Esta prohibido, señor, que un hermano tenga correspondencia con su hermana?

— Aguardad, si os place; sé el contenido de esa carta.

— ¡Oh! señor.....

— Helo aquí... me he tomado el trabajo de escribirlo de mi puño y letra.

Y el rey alargó al duque una copia exacta de la carta que había recibido.

— ¡Señor!

— No lo neguéis, señor duque; habéis encerrado esa carta en un cofrecito de hierro colocado en la pared de vuestra cama.

El duque se puso pálido como un difunto.

— No es esto sólo, continuó implacablemente el rey, habéis respondido á madama de Grammont, y sé igualmente el contenido de vuestra respuesta. Esa está en vuestra cartera, y sólo aguarda para partir una *posdata* que debéis añadir después de separaros de mí. Ya veis que estoy enterado, ¿no es verdad?

El duque enjugó la frente bañada en frío sudor, se inclinó sin responder una palabra, y salió del gabinete vacilando como si le hubiese atacado una pulmonía fulminante.

El aire de la galería hizo que no cayese privado de sentido; pero era hombre de una voluntad de hierro. Atravesó la muchedumbre de cortesanos con altivez y entró en su despacho para guardar ó quemar diversos papeles.

Un cuarto de hora después salió del palacio en

coche; pero su desgracia fué un rayo que incendió toda la Francia.

Los parlamentos, sostenidos en efecto por la tolerancia del ministro, proclamaron que el Estado acababa de perder su más fuerte apoyo. La nobleza contaba con él como suyo, y el clero se había visto muchas veces lisonjeado por aquel hombre, cuya dignidad personal, exagerada á veces hasta el orgullo, le daba una especie de sacerdocio en sus funciones ministeriales.

El partido enciclopédico ó filósofo, muy numeroso ya y muy fuerte, porque reclutaba sus soldados entre los hombres ilustrados y egoístas, se alborotó al ver que se escapaban las riendas del gobierno de las manos del ministro que incensaba á Voltaire, que pensionaba á la Enciclopedia, y que conservaba, haciéndolas útiles, las tradiciones de madama de Pompadour.

El pueblo tenía mayor razón que todos los descontentos: se quejaba también como siempre, sin profundizar las cosas; pero el hecho era que daba en la dificultad, que sentía el mal y quería librarse de él.

El señor de Choiseul, considerado bajo el punto de vista general, era un ministro malo y un mal ciudadano; pero comparado relativamente, era un modelo de virtud, de moralidad y de patriotismo. En cuanto al pueblo, que se moría de hambre como de costumbre, oía hablar de las prodigalidades de S. M., de los caprichos ruinosos de madama Dubarry, cuando se le dirigían avisos como los del *Hombre de los cuarenta escudos*, ó consejos como los del *Contrato social*, ó revelaciones como las de las *Noticias del día* y las *Ideas singulares de un buen ciudadano*.

Entonces era cuando el pueblo temblaba al figurarse que iba á caer entre las manos impuras de la favorita, *menos respetable que la mujer de un carbonero*, como

decía Bauveau, y cuando cansado de tanto sufrir se admiraba inocentemente porque veía más negro el porvenir que el pasado.

Y eso no consistía en que el pueblo, disgustado de todo, conservase simpatías. No era por cierto aficionado á los parlamentos, sus protectores naturales, porque siempre le habían abandonado por cuestiones particulares de egoísmo; porque mal iluminados por el falso reflejo de la omnipotencia real, esos parlamentos se habían imaginado que eran como una aristocracia entre la nobleza y el pueblo.

Tampoco quería á la nobleza, ni por instinto ni por recuerdo, porque temblaba ante la espada como aborrecía á la Iglesia. Nada, pues, le interesaba respecto á la caída del señor de Choiseul; pero oía las quejas del clero y del parlamento, y este ruido mezclado con sus propias murmuraciones le embriagaba.

Estos diversos sentimientos conquistaron al señor de Choiseul una especie de popularidad que no debía prometerse.

Todo París, pues, (esta aserción puede justificarse con pruebas), acompañó hasta las puertas al desterrado de Chanteloup.

El pueblo se formaba al paso de los carruajes, y los parlamentarios y otras personas del foro que no habían tenido la fortuna ó la desgracia de ser recibidos por el duque, se apresuraron á saludarle cuando salía de París.

La multitud se agolpó á la barrera del Infierno que da al camino de Turena, y fué tal la afluencia de gente á pie, á caballo y en coche, que el paso se encontró interceptado por mucho tiempo. Cuando el duque logró salir de aquel atolladero, se vió rodeado por más de doscientos carruajes.

Mil aclamaciones y suspiros acompañaban su mar-

cha; pero él conocía demasiado bien la situación para dejar de ver que todo aquel ruido no revelaba tanto pesar por su persona como recelo respecto á los hombres desconocidos que iban á influir en los negocios públicos. *

Una silla de posta llegó á todo escape al mismo tiempo, atravesó por medio de la multitud, y sin un violento esfuerzo del postillón se hubieran precipitado los caballos contra el coche del señor de Choiseul.

Salió una cabeza por el ventanillo de aquel carruaje, y también el ex-ministro sacó la suya.

El señor de Aiguillon saludó con respeto al ministro cuya sucesión codiciaba, y el señor de Choiseul se retiró con viveza, pues un solo instante acababa de marchitar los frescos laureles de su caída.

Pero al mismo instante, y sin duda como una compensación, un coche con las armas de Francia conducido por ocho magníficos caballos hacia el camino de Sevres á Saint-Cloud, y que ya por casualidad ó por no incomodar á la multitud atravesaba el camino real, pasó asimismo inmediato al del señor de Choiseul.

En aquel coche iba la Delfina con su dama de honor, madama de Noailles, y con la señorita de Taverney.

El señor de Choiseul experimentó un vivo placer, y se asomó al ventanillo saludando profundamente.

— Señora, adiós, dijo con voz entrecortada.

— Hasta la vista, señor de Choiseul, contestó la Delfina con amable sonrisa.

— ¡ Viva el duque de Choiseul ! gritó un hombre entusiasta al oír las palabras de la Delfina.

La señorita Andrea volvió al punto la cabeza atraída por el sonido de aquella voz.

— ¡ Fuera, fuera ! gritaron los palafreneros de la

princesa, obligando á Gilberto á retirarse á pesar de sus deseos de verlo todo.

Era en efecto nuestro héroe filósofo, que con entusiasmo imposible de describir seguía gritando :

— ¡ Viva. viva el duque de Choiseul !

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO